



GASTÓN BAQUERO

Qué esperaba de América este hombre?

«América para los americanos» es frase de Bolívar, y frase anterior al pronunciamiento de Monroe. Cuando él decía «América», el vocablo se llenaba de una luz, de una significación, de una resonancia, que sólo en labios de José Martí volverían a reaparecer. No quiere fundir territorios en naciones compactas con el ánimo de quien busca tierras y más tierras para ensanchar un imperio, sino que teme como a la muerte al localismo, a lo fragmentario, a la atomización de América. Su patria es el mundo de los libres. Cada zona de América la mira como si fuese su propia cuna caraqueña. Hay muy hacia abajo, hacia el sur más sur, quienes le miran como a un extraño, y él no lo comprende. Esa gran condición universal-americana, de patria única para todo el nacido en el nuevo mundo; esa gran condición que se da en Bello, en Heredia, en Hostos, en Martí, en Darío, los que saben ser chilenos, mejicanos, uruguayos, no importa donde físicamente hayan nacido, tienen en Bolívar el arquetipo. «Yo no soy de Caracas sola», afirma. Cuando otros piden la mediación europea para dirimir los conflictos entre americanos, él pide la unión de los americanos para ser árbitros de sí mismos. No concibe que la fuerza de

una corona lejana haya podido mantener unidos por siglos los territorios, y en cambio la libertad no sea mayor y más eficaz que aquella fuerza. Su angustia grande es la de ver cómo se rompe el collar y las perlas son esparcidas, como dislocadas. Bolívar bracea en el vacío para que no se dispersen los pueblos. No quiere saberlos arrastrados por el egoísmo, ni confundiendo el ejercicio de lo viril con la selvática embriaguez de las guerras civiles, ni asfixiados en politiquillas de aldea. No admite rivalidades ni enconos ridículos entre quienes acaban de saborear, juntos, el manjar de la grandeza. Para muchos no quiere decir nada, no hay símbolo ni lección, en lo de ver a un hombre nacido allá, en la parte de arriba del gran triángulo suramericano, entrando como por casa propia en los territorios más distantes. Lo -202- que después dijera Vicuña Mackenna de que el caballo de Bolívar había bebido las aguas del Orinoco, del Amazonas y del Plata, «las tres grandes fronteras que dio el creador a l nuevo mundo», Bolívar desde siempre lo vivía y lo interpretaba como un hecho natural, como una inevitable actividad de quien no podía ver en América más fronteras que las trazadas por los conceptos de tiranía y de libertad.

No ya el sur, todo el sur, sino hasta el propio norte sajón, mirábalo Bolívar con reverencia, siempre y cuando se colocase ese norte, a la luz de la común doctrina americana sobre el hombre y sobre las naciones. «América es de los nacidos en este hemisferio», dice, y traza así una política de los Américas, no de ésta o de aquélla, ni de ésta contra aquélla. Su visión hemisférica es hermana de la política de las dos esferas cristalizada en el *farewell address* de Washington. (Adoraba Bolívar en este seco caballero a un libertador y a un hombre sin ambiciones). Como estadista profundo, recelaba mucho el Libertador de los políticos preimperialistas de esa América sajona, que no comprendían cuál era el papel reservado por el destino al hemisferio unido para salvar al mundo; pero en cuanto tropezaba con un norteamericano que fuese capaz de insertarse en el escenario ideológico connatural de América, Bolívar hacía de él un hermano, un conmlitón de sus empresas. Llevaba con orgullo sobre el pecho un relicario con cabellos de Jorge Washington. El contemplaba con admiración y noble envidia aquella actitud de las pequeñas colonias inglesas en el norte, que supieron fundirse en una nación, y avanzar unidas

hacia la grandeza. Quería que la América hispana, desde México hasta Buenos Aires, buscara los medios de unirse lo más estrechamente que le permitiese la conservación de la personalidad natural propia de cada territorio y de cada pueblo. Una unión basada en la libertad, en la libérrima voluntad de mantenerse unidos, era considerada por Bolívar como la más indestructible base para estructurar un orbe político que decidiese el equilibrio de todo el nuevo mundo, asegurarse la paz y la felicidad de sus miembros e incluso alcanzase a pesar, para el bien, en las orientaciones de la humanidad. Aquel soldado que gritaba ebrio de entusiasmo: «¡Este pabellón flameará en todo el universo si el Libertador lo manda!», adivinaba la universalidad del pensamiento real de -203- Bolívar. Al mundo le hacía falta, le hace falta todavía, que predominen en él los libertadores y no los dominadores. Y especialmente le hacía falta, en los tiempos de Bolívar, a la pobre tierra de América, por hallarse anarquizada, dividida, sectarizadas las sociedades en clases furiosamente antagónicas. Por eso concentraba allí, en ese territorio vastísimo del sur, su esperanzado bregar, su tenaz lucha contra los males y defectos del pasado, que sobrevivían en las repúblicas. Veía él con espanto que la gente recibía con júbilo las dictaduras, que pedía tiranos, que no sabía entendedérselas con la libertad. Cuando tiene que aceptar por fuerza un título de dictador, se pone en pie y dice las asombrosas palabras que fueron y son la expresión suprema de la anti-tiranía: «*¡Compadezcámonos mutuamente del pueblo que obedece y del hombre que manda solo!*» Y del dictador dice «...a mi pesar he tenido que degradarme algunas veces a este execrable oficio».

En la unión de las naciones veía también un medio de asegurar la libertad de todos, no sólo por mantenerse militarmente prestos a repeler agresiones extranjeras, sino porque la convivencia en una Asamblea Perpetua de Pueblos, crearía el pudor de la tiranía, la noble rivalidad entre todos por presentarse siempre limpios de dictaduras y de esclavitud. Era todo un sistema político y moral lo que daba nacimiento a la unión, y lo que de ella se derivaría perpetuamente. La paz, el progreso, la ayuda mutua, la exaltación de las instituciones democráticas, sólo podían arraigar y hacerse conciencia diaria de los pueblos, uniéndose las naciones específicamente para esos fines, y

vigilando todos la conducta de todos. Ese era el sueño de Bolívar. Por ese sueño, irrealizado aún, pero ya en camino, puede adivinársele desvelado entre las sombras, inquieto todavía en lo mudo del sepulcro. Bolívar no está en paz, no vive en paz su muerte. América no le dejó vivir con felicidad sus días sobre la tierra, ni le ha dado aún a sus huesos el reposo y la fiesta que él ansiaba: ver a la libre América unida por fuera y por dentro, dueña de sus destinos, celosa de materializar las ilusiones del héroe.

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario